

La difusión periodística de los homenajes en Valencia a Blasco Ibáñez y Joaquín Sorolla de 1906

Blanca Cerdá Aznar¹¹¹⁰
Universitat de València

En su prólogo a *Flor de mayo*, de 1923, Blasco Ibáñez relata cómo en su juventud coincidió en repetidas ocasiones con un joven pintor, que como él acudía a la playa de la Malvarrosa a empaparse de la atmósfera envolvente que inspirara sus obras, «era Joaquín Sorolla»¹¹¹¹. El novelista narra así el comienzo de una eterna amistad que pretendía immortalizar ahora en esta nota de homenaje a la muerte del reconocido pintor, incluyendo este recuerdo en la nueva edición de su novela valenciana, publicada por primera vez en 1895. Sin duda, este vínculo personal hilvanó sus vidas a través de una

¹¹¹⁰ Blanca Cerdá Aznar es Personal Investigador en Formación en el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Valencia, donde actualmente trabaja en una tesis doctoral sobre la relación entre Vicente Blasco Ibáñez, Joaquín Sorolla y Mariano Benlliure en el contexto del cambio de siglo.

¹¹¹¹ «Este pintor y yo nos habíamos conocido de niños, perdiéndonos luego de vista. Venía de Italia y acababa de obtener sus primeros triunfos. [...] Trabajamos juntos, él en sus lienzos, yo en mi novela, teniendo enfrente el mismo modelo. Así se reanudó nuestra amistad, y fuimos hermanos, hasta que hace poco nos separó la muerte.» Vicente Blasco Ibáñez, *Flor de mayo* [1895], Madrid, Cátedra, 1999, p. 61.

relación artística y amistosa que, por otra parte, ha de comprenderse limitada por la mutabilidad de los contextos individuales y aquellos que derivan de la profesión; también, por los cambios políticos y socioculturales que atraviesa la España del momento. En definitiva, se trata de un vínculo que queda al amparo de los continuos viajes y proyectos, del impacto del éxito en sus carreras, de las fluctuaciones en sus respectivas vidas privadas y de los cambios en el carácter e intereses de los dos artistas. No obstante, pese a la aparente dificultad de señalar puntos de contacto entre las trayectorias de estas insignes figuras de la cultura valenciana finisecular -por su desbordante ímpetu y labor-, las alusiones a la amistad entre ambos es un *topos* recurrente ya en vida de los valencianos, aunque, también, en las publicaciones más próximas a nuestros días. Prueba de ello, son los planteamientos aducidos por el profesor Facundo Tomás en su edición a *La maja desnuda*, donde el afecto mutuo se concibe como natural, lineal, intrínseco a las figuras de Blasco y Sorolla; también, como conjunción del referente cultural de «la otra España», la levantina, una otredad dicotómica presente en las visiones nacionales de Unamuno y Baroja¹¹¹².

En este sentido, pese al notable reconocimiento internacional, o precisamente a causa de éste, los dos creadores valencianos fueron frecuentemente menospreciados por algunos de sus contemporáneos, en razón de su carácter «levantino y pagano». Tal y como recoge Facundo Tomás en *Las culturas periféricas y el síndrome del 98*, ambos encarnaban la España valenciano-andaluza perfilada por Unamuno, «la pagana Valencia, patria de Sorolla», convirtiéndose así en referentes culturales de la España mediterránea¹¹¹³. Aquella tierra abocetada en las obras de Blasco y Sorolla, pero también por las manos del escultor Mariano Benlliure, mostraba una España luminosa, vitalista; frente a ella se perfilaba otra, grave y austera, como los lienzos de Zuloaga. Así, el «sorollismo», el realismo o el naturalismo casi se concebían opuestos al noventaychismo en sus manifestaciones plásticas o literarias.

¹¹¹² Vicente Blasco Ibáñez, *La maja desnuda* [1906], edición de Facundo Tomás, Madrid, Cátedra, 1998.

¹¹¹³ Facundo Tomás, *Las culturas periféricas y el síndrome del 98*, Anthropos, Barcelona, 2000.

Teniendo presente lo anterior, puede que fuera por esta encarnación conjunta de «la otra España», por la admiración mutua que los tres creadores se profesaron en vida -recuerdo la dedicatoria de Blasco a Sorolla en el prólogo a *Flor de mayo* en 1923-, por las obras que se dedicaron a lo largo del tiempo, ya fueran retratos, bustos, artículos en prensa, menciones en la literatura o monumentos funerarios; por sus triunfos en exposiciones internacionales, como la de 1900 en París; por los homenajes que reciben en vida o por las numerosísimas alusiones a los tres como embajadores de la cultura española en Europa y América, que se haya tendido a construir una visión mítica que les entrelaza. Tal vez fuera la conjunción de todas estas variables lo que favoreció la asunción de un potente vínculo personal entre ellos, que prontamente recogieron la prensa, la crítica literaria y las primeras semblanzas sobre los artistas. Esta conexión se ha tendido a representar como afinidad a dos bandas, entre Blasco y Sorolla, como hermanamiento físico de la literatura y la pintura en la plasmación de una realidad: Valencia; entre Sorolla y los Benlliure, como vínculo reforzado en la estancia en Italia que se extiende a otras generaciones de la familia, incluso al pintor Peppino Benlliure Ortíz, que llegó a ser discípulo de Joaquín Sorolla.

Cuando Blasco dedicó a Sorolla su prólogo a *Flor de mayo* ya era un escritor de fama internacional, un viajero incansable que intentaba embestir con renovado ímpetu revolucionario la dictadura primorriverista, al tiempo que atendía sus múltiples proyectos internacionales. Los inicios, sin embargo, habían sido otros. Pintor y novelista nacieron en Valencia en 1863 y 1867 respectivamente. En las últimas décadas del siglo XIX viajaron a Roma y París, que Sorolla visita en calidad de pensionado por la Diputación de Valencia, no así en el caso del novelista, cuyo motor de huida en 1890 y 1896 son las persecuciones políticas por sus declaraciones y mítines contra el gobierno de la Restauración. En esta etapa ambos experimentan un primer contacto con las vanguardias europeas o la cuna del renacimiento italiano, que Blasco recoge en *París, impresiones de un emigrado* (1893) o *En el país del arte* (1896), y que Sorolla plasma en *Boulevard de París* (1885) o en *El entierro de Cristo* (1887). En el transcurrir del tiempo, el 11 de diciembre de 1906, con algunos proyectos frustrados y numerosos éxitos a las espaldas, el gobierno francés decidió distinguir a Blasco y Sorolla con una condecoración

de comandadores de la Legión de Honor. Se trataba ésta de una distinción análoga a la que habían recibido primeros ministros y militares franceses por su encomiable labor, no obstante, éste era el máximo reconocimiento con el que podía ser agasajado un extranjero en *l'Hexagone*.

Las menciones se recibieron con júbilo en España e inspiraron numerosas muestras de afecto hacia los valencianos. A nivel municipal, la ciudad de Valencia se preparaba para celebrar el encumbramiento de dos de sus afamados hijos, tal y como en 1900 se habían celebrado unas jornadas homenaje dedicadas a los *grand Prix* conquistados por Benlliure y Sorolla en la exposición nacional de París. A diferencia de estos últimos, Blasco había sido galardonado por algo más que singular maestría o un carácter sobresaliente en una disciplina artística. Si bien aún hoy sigue siendo frecuente la identificación de Blasco Ibáñez con la figura de un prolífico novelista o la de un destacado líder del republicanismo federal, frecuentemente se tiende a restringir su poliédrica personalidad, confinando sus amplios intereses a un par de dedicaciones y pasando por alto buena parte de sus proyectos vitales. Por ejemplo, no puede obviarse su producción como periodista, a la cabeza de *La Bandera Federal* o de *El Pueblo*, ni su fascinación por el cinematógrafo, aquella que le embarcó en una nueva aventura como guionista de la industria hollywoodiense, con el fin de contribuir a la transmisión de un lenguaje universal; tampoco, su repentino deseo por fundar dos colonias en Argentina, tras haberse pronunciado tiempo atrás contra la guerra de Cuba. Así que, probablemente, se debiera a su carácter de hombre de mundo y a la gran difusión de sus obras por lo que recibiera este título de la institución francesa. Las noticias que llegaban desde Francia no sólo se pueden seguir hoy a partir de las menciones de la prensa española, sino también en base a las felicitaciones que llegaban a la redacción de *El Pueblo* en forma de telegramas desde distintos puntos de la región.

En este sentido, el interés por reparar en la difusión periodística de los homenajes al novelista y al pintor valencianos de 1906 constituye, en realidad, un *work in progress* vinculado a mi proyecto de tesis. En ella el estudio de los homenajes se desarrolla de forma transversal a lo largo de varios apartados de mi investigación, teniendo presente tanto aquellos que la ciudad de Valencia dedica a sus conciudadanos, como todas las muestras de reconocimiento que Mariano Benlliure, Joaquín

Sorolla y Blasco Ibáñez pudieron recibir a lo largo de sus vidas y también con motivo de sus funerales. Debo aclarar que, en realidad, esos homenajes a los que aludo en el título de esta propuesta remiten fundamentalmente a aquellos actos que tuvieron lugar durante el mes de diciembre de 1906 en reconocimiento a la figura de Blasco Ibáñez. La alusión a Sorolla y su relación con esas jornadas obedece a que también en ese mismo momento habría sido distinguido con una nueva insignia de la Legión de Honor. Es decir, el de 1906 no fue su primer título, pues previamente en 1901, se le habría nombrado caballero de esta misma institución. Por lo tanto, teniendo en cuenta el carácter de estos acontecimientos, mi propósito en este breve texto es subrayar el papel que la prensa coetánea jugó en la divulgación de estos actos. Para ello, recurriré a distintos periódicos, tanto de tirada nacional como de ámbito valenciano. Dadas sus implicaciones, seguiré estos acontecimientos de homenaje a través de las páginas de *El Pueblo* -que Blasco había fundado en 1894- sin perder de vista que se publica por esos mismos días en Madrid, con el fin de advertir contrastes o puntos de encuentro. Como señalo, tanto a nivel cronológico como a nivel de fuentes el espectro de estudio está acotado a unos objetivos concretos. Por un lado, el estudio se limita en lo temporal a los días posteriores a las menciones del Gobierno francés, y que corresponden con los actos de reconocimiento municipal. Por otro, a nivel de fuentes, me decanto por un análisis del diario republicano valenciano *El Pueblo*, sin perder de vista las menciones de otros periódicos españoles. Si bien prefiero limitarme a esta horquilla temporal y espectro de fuentes para llegar a esbozar una suerte de conclusiones provisionales -en esta línea de trabajo sobre la difusión periodística de algunos homenajes a Blasco y Sorolla-, considero que esto no resta interés o valía al análisis. Reservo para una futura publicación enfoques más ambiciosos sobre el fenómeno y sus implicaciones con la prensa.

Respecto a la consideración de Blasco, como figura homenajeada, no abordo este texto bajo la premisa de volver sobre la faceta del novelista o la del periodista, sino con el interés de subrayar el carácter poliédrico del valenciano. Confío en que este breve análisis favorezca un ensanchamiento en la consideración de su personalidad, ya que la suya es una en la que convergen distintos aspectos y en la que es casi imposible disociar sus múltiples facetas. Esto es

especialmente claro en la génesis y difusión de algunas de sus novelas como *Arroz y tartana*, que en 1894 comenzó publicándose como folletín en *El Pueblo* antes de aparecer en forma de libro. Por tanto, al referirme a Blasco me dirijo al novelista u hombre de mundo que goza de reconocimiento nacional e internacional, pero, también señalando al político republicano comprometido con la tarea de aproximar la cultura hasta las capas más humildes de la sociedad en base a unas iniciativas editoriales o al hábil periodista que sabe atraerse a las masas hacia su periódico de partido¹¹¹⁴.

La difusión de los homenajes de 1906 en *El Pueblo*

Blasco Ibáñez había fundado *El Pueblo* el 12 de noviembre de 1894. La redacción, hoy desaparecida, se emplazaba en un ajado caserón de la calle Juan de Austria, en el número 14, conocido previamente como La Casa de las Peteneras; un burdel que hacía las veces de café, de salón de bailes flamencos y de mesa de juego¹¹¹⁵. La reputación de ese viejo inmueble del barrio de Pescadores era de todo menos buena, pero a aquel espacio confió Blasco su porvenir periodístico y su talento tras el cierre de *La Bandera Federal*, que había fundado en 1889¹¹¹⁶. Como el profesor Laguna Platero ha remarcado

¹¹¹⁴ «no sólo habrá publicado sus novelas más paradigmáticas, sino que habrá revolucionado los modos, grados y hábitos de lectura de buena parte de la clase obrera. Los instrumentos fueron los formalmente identificados como columnas vertebrales de las industrias culturales: el medio de comunicación y el libro. [...] conmocionó las conciencias de una gran parte de Valencia, así como los bolsillos de todos los libreros con tienda en la misma, al crear una biblioteca popular que, en un mes, en este caso de 1898, llegaba a prestar 5.000 volúmenes.» en Antonio Laguna Platero, «De propagandista de la política a propagador de la cultura. Vicente Blasco Ibáñez un comunicador de éxito», *Debats*, n.º 64-65, 1999, p.122.

¹¹¹⁵ «- ¿EL PUEBLO siempre estuvo aquí? Nos responden con voz emocionada, como si se la velase el recuerdo de la epopeya: / - ¡Aquí siempre! En los treinta y seis años que lleva de vida! ¡Toda la historia de la Valencia actual se ha escrito aquí!» En Antonio Laguna Platero, *El Pueblo: Historia de un diario republicano, 1894-1939*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1999, p. 9.

¹¹¹⁶ «Mi vida de periodista no me permitía un trabajo asiduo y concentrado [...] Permanecía hasta altas horas de la madrugada redactando en forma exageradamente amplia los escasos telegramas que podíamos recibir de

en varias ocasiones, el carácter del valenciano era el de un comunicador nato, que interpela constantemente a la masa, ya sea como romántico revolucionario, como brillante orador al servicio de la retórica del republicanismo o como editor que pretende acercar las obras de Voltaire, Victor Hugo o Émile Zola al pueblo. En cualquier caso, la vida de esta redacción estaba estrechamente vinculada al interés por atraer a un mayor número de electores hacia las filas del republicanismo valenciano, publicando artículos muy críticos con el gobierno de la Restauración o de talante anticlerical.

Teniendo esto presente, no es de extrañar que en 1930 el alicantino Carlos Esplá, con el que Blasco habría coincidido en París en los últimos momentos de su vida, señalara en un artículo para un número extraordinario de *El Pueblo* que a Blasco «el periódico le permitía la comunicación constante con el pueblo, la dirección inmediata de la masa, la intervención permanente en los más nobles combates humanos. [...] En el periódico era el creador de la vida misma, de la realidad»¹¹¹⁷. Y ese genio creador al que alude Esplá, tan aplaudido en la época por el entusiasmo con el que eran acogidas sus novelas y las numerosas traducciones que acrecentaban su fama más allá de las fronteras españolas, tiende a ser ignorado o minimizado con respecto a su producción periodística. Con acierto, José Luis León Roca refería: «Conocemos a Blasco Ibáñez como novelista; pretendemos conocerlo como hombre; no lo conocemos en absoluto como periodista»¹¹¹⁸. Sin lugar a dudas, el periodismo influyó y condicionó notablemente su escritura, marcó su estilo de crónica y acompasó el ritmo de sus novelas a las entregas en que suele hacerse el folletín, tal y como bien puede apreciarse en la estructura de sus novelas de viajes y en propuestas editoriales como *El militarismo mejicano*. De hecho, no hay que olvidar su familiaridad con estas prácticas, pues en su juventud Blasco comenzó trabajando en Madrid

Madrid y del extranjero, “hinchándolos”, como se dice en el lenguaje periodístico, y cuando la luz del alba iba blanqueando las ventanas de la redacción, daba por terminada mi vulgarísima labor para ser al fin novelista.» En Libertad Blasco-Ibáñez Blasco, *Blasco Ibáñez su vida y su tiempo*, Valencia, Ayuntamiento de Valencia, 2016, p. 88.

¹¹¹⁷ Carlos Esplá, *El Pueblo*, 1-I-1930.

¹¹¹⁸ José Luis León Roca, *Blasco Ibáñez: política i periodisme*, Barcelona, Edicions 62, 1970, p. 9.

transcribiendo los folletines de Manuel Fernández y González. A propósito del periodismo, en esa misma entrevista de Carlos Esplá para *El Pueblo* Blasco señala: «decían que yo era el amo de Valencia, pero muchas veces no llegaba a ser dueño de unos duros para las atenciones indispensables de mi familia. Lo importante, sin embargo, era ser un periodista honrado». Y un poco más adelante, ante la demanda de un periodismo de referencia, sugiere: «¿reportajes modernos? Leed “París”, “En el país del arte”, “Oriente” [...]. Leed, sobre todo, “La vuelta al mundo de un novelista”»¹¹¹⁹. De estas palabras se extrae, como el propio Blasco reconocería, que sus obras, pese a ser de naturaleza literaria, eran a fin de cuentas «periodismo hecho por un novelista».

Su andadura como periodista había sido una que nació impregnada por su compromiso con el republicanismo. A este respecto, Pura Fernández recuerda que los republicanos finiseculares habían llevado a cabo: «una labor de apostolado didáctico permanente en todas sus producciones, así como la iniciativa empresarial para crear numerosas editoriales y periódicos destinados a difundir sus ideas y configurar un amplio y cohesionado frente de lectores»¹¹²⁰. Ya en su dirección de *La Bandera Federal* dirige enérgicas reivindicaciones contra el sistema político que le relega a los márgenes del turno dinástico y se sirve de sus artículos incendiarios para construir barricadas de oposición ante el gobierno de Cánovas, el clero o la monarquía, a sus ojos causantes todos ellos del atraso y crisis de España.

Es de suponer que la situación personal de Blasco y el devenir del propio periódico se veían profundamente condicionados por los efectos de la censura y de los ceses por encarcelamiento que intentaban corregir sus proclamas anticlericales, antimonárquicas o de carácter sedicioso. En una entrevista que recoge *El Pueblo* en 1924, Blasco asegura que: «¡Las pasé muy duras! Fui periodista por...cuarenta duros al mes, nominales, que no siempre los pagaban...Por defender la independencia de Cuba, siguiendo a mi maestro Pi y Margall, estuve en presidio, muy rapadito, con mi

¹¹¹⁹ «Blasco Ibáñez, periodista», *El Pueblo*, 1-I-1930.

¹¹²⁰ Pura Fernández, «Las cortes de Cádiz en la historiografía republicana», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, n.º 10, 2002, p. 18.

trochana de rayadillo... ¡Ah, amigos, no fue agua de rosas!»¹¹²¹. A este propósito, como ha manifestado en sus numerosos trabajos J.L. León Roca, del Blasco periodista podemos distinguir entre la crónica viajera -categoría bajo la cual podrían ubicarse todas aquellas obras que en la entrevista de Carlos Esplá el valenciano recomienda leer en calidad de «reportajes modernos»- y el periodismo político, instrumento de agitación y combate que abandona en torno a 1906, una vez se aparta de la política, y que retomará en los últimos años de su vida, durante la dictadura de Primo de Rivera. Respecto a este periodismo político, fueron su actitud de agitador y el radicalismo de sus ideas, lo que favoreció el ataque de la censura o las condenas que llegó a recibir y que le llevaron al presidio. En otras ocasiones, consiguió escapar hábilmente como en 1895 a Italia, en cuyas horas de espera desarrolló el borrador de *Venganza moruna* para *La Barraca* (1898). En cualquier caso, es sintomática la intervención del fiscal acusador del consejo de guerra al que llegó a enfrentarse al afirmar: «de tal modo tiene sugestionada a la opinión pública, que en Valencia no se movía una hoja sin la voluntad expresa de Blasco Ibáñez»¹¹²².

El Pueblo fue un periódico de partido que convivió con las estrechas libertades con que contaba el republicanismo durante la Restauración. Blasco lo había fundado con el fin de atraer a un mayor número de votantes, a través de la creación y difusión de un discurso que ejerciera gran influencia en una Valencia atravesada por las disputas de sectores clericales y anticlericales. Como recoge el profesor Laguna Platero, Blasco no fue sólo un comunicador nato que atraía las simpatías de la masa, sino que actuó como verdadero agitador que pretendía sembrar las bases de una secularización de la sociedad llevando a cabo boicots a procesiones y peregrinaciones, aproximando referentes culturales franceses, promoviendo la libertad contra un Estado que juzgaba atrasado por el peso del fanatismo y la ignorancia.

Cuando uno observa las instantáneas de las aglomeraciones que se producen con su visita a Valencia en 1921 o con motivo del regreso de sus restos mortales en 1933, se percata de que Blasco no encarnaba sólo la figura de un líder del republicanismo valenciano o

¹¹²¹ «Hablando con Blasco Ibáñez», *El Pueblo*, 3-I-1924.

¹¹²² José Luis León Roca, *Blasco Ibáñez, op. cit.*, p.11.

la de un novelista de fama mundial, sino que representaba un carácter multiforme y arrollador, una figura querida para el pueblo. Por otro lado, su paisano Sorolla había conseguido ser identificado, dentro y fuera de Valencia, como virtuoso maestro de la pintura, capaz de captar impresiones de la realidad e incluso vívidas estampas de su patria, como demostró años después en *Visión de España*. Entre los intereses de ese periódico republicano que Blasco dirigía estaba, el de democratizar el acceso a la cultura. En este sentido *El Pueblo* fue el canal por el que circularon no sólo algunas de las novelas blasquistas, sino también títulos clásicos de la literatura francesa. A esto hay que sumar el hecho de que Blasco se sentía interpelado por el mismo contexto sociopolítico. Por aquellos años, personalidades de la talla de Ortega o Émile Zola contribuyeron a subrayar con su ejemplo la necesaria intervención de los intelectuales en la vida pública, impulsando una regeneración social. No obstante, pese a pretender la liberación del individuo con un discurso emancipador, *El Pueblo* también actuaba con el propósito indiscutible de acrecentar la fama del novelista al estilo de los grandes diarios de masas extranjeros. En este sentido, es indiscutible que el periódico actuaba como pátina embellecedora de la realidad, llegando a rehacerla a través de la descripción -pero, no por ello inventándola-, para luego difundirla a las masas. A este respecto, Vargas Llosa advertía cómo el lenguaje y la narración, por su propio efecto, trastocan el hecho ocurrido, lo hacen subjetivo al intentar describirlo. Es por ello que el historiador debe extremar su precaución incluso al trabajar con fuentes con tanta sed de realidad como la prensa:

«Porque no es la anécdota lo que en esencia decide la verdad o la mentira de una ficción. Sino que ella sea escrita, no vivida, que esté hecha de palabras y no de experiencias concretas. Al traducirse en palabras, los hechos sufren una profunda modificación. El hecho real [...] es uno, en tanto que los signos que podrían describirlo son innumerables. Al elegir unos y descartar otros, el novelista privilegia una y asesina otras mil posibilidades de aquello que describe»¹¹²³.

¹¹²³ Mario Vargas Llosa, *La verdad de las mentiras*, Madrid, Alfaguara, 2002, p.12.

Cuando llegó a España la noticia de que Blasco y Sorolla habían sido revestidos de los más altos honores en Francia, la maquinaria del periódico se puso en marcha una vez más para seguir de cerca los acontecimientos que encumbrarían a los dos creadores valencianos en su ciudad natal. Como recoge un poema del periodista y poeta Venancio Serrano Clavero titulado *Las arras*, la mención de comendadores de la Legión de Honor puso en el lugar merecido a tan insignes representantes de la cultura valenciana: «La ingratitud, la envidia / me atacaron, más ¿qué importa! / Francia, la gran justiciera, / cerró mis heridas todas / poniendo sobre mi pecho / banda que guarece la honra»¹¹²⁴. En cierto modo, el triunfo en el exterior devolvía como reflejo una imagen de los dos artistas que renovaba los aires y desmentía la crisis que el 98 trajo consigo. Pese a que el sorollismo se oponía al noventayochismo y que aquella «otra España» -en palabras de Unamuno o de Baroja- siempre sería un reducto del paganismo, femenina, carente de la austeridad y sobriedad de los lienzos de Zuloaga, los triunfos de los valencianos se sintieron como triunfos de la nación española; significaron una suerte de palingenesia de la patria a la altura de 1906. Respecto a la difusión de estos acontecimientos de homenaje, se ha de subrayar que uno de los primeros periódicos en publicar la noticia fue *El Herald de Madrid*, aunque no sería el único que desde la capital española seguiría la oleada de noticias. De hecho, el día 12 de diciembre *El Pueblo* aseguraba que también el *Correo de Madrid* o *El País* informaban sobre estos acontecimientos. En cualquier caso, sólo la redacción de la calle don Juan de Austria dedicó una sección específica a partir del día 11 de diciembre con el fin de dar cuenta de los acontecimientos propios de estas jornadas de homenaje en Valencia, descritas también de forma temprana desde Madrid:

«-Blasco Ibáñez en París-

Nuestro amigo el ilustre novelista Blasco Ibáñez acaba de ser objeto de una gran de una gran demostración de aprecio de

¹¹²⁴ Libertad Blasco-Ibáñez Blasco, *Blasco Ibáñez su vida y su tiempo*, Valencia, Ayuntamiento de Valencia, 2016, p. 221.

sus méritos por parte del Gobierno de la República francesa, pues ha sido nombrado comendador de la Legión de Honor.

El Gobierno francés, a instancias del ministro de Bellas Artes y en atención a que las novelas de Blasco están declaradas de texto en las cátedras de español de todos los Liceos de Francia, le ha nombrado comendador de la Legión de Honor, que es la más alta distinción que puede concederse a los que no son ministros ni jefes de Estado.

El embajador de España, Sr. León y Castillo, le entregó días pasados al Sr. Blasco Ibáñez las insignias, que son magníficas como regalo del Gobierno francés.

Con motivo de este nombramiento se le ha obsequiado a Blasco con un banquete, al que asistieron personalidades eminentes de la literatura y de la ciencia como Max Nordau, Camilo Flammarion, etc.»¹¹²⁵.

El homenaje de 1906 a Blasco, cuando contaba 39 años, no debe comprenderse sólo como el programa de actos dispuesto por el gobierno municipal. Es decir, éste no fue un programa impuesto «desde arriba», en el que el pueblo valenciano actúa como sujeto pasivo, sino que se trata al mismo tiempo de unas jornadas de profunda movilización popular, de gran relevancia también para el republicanismo valenciano. El interés social por seguir de cerca los homenajes de 1906 puede medirse en las abundantes publicaciones en prensa y números extraordinarios, divulgados incluso a posteriori. En este sentido, el análisis histórico de estas fuentes ilumina la repercusión social de aquellos días y la importancia que dichos canales concentraron como elementos de difusión de la sociedad de masas. Los homenajes, como manifestación del reconocimiento popular municipal, e incluso regional, tienen lugar en el espacio público, o más concretamente en la «esfera pública» de Jürgen Habermas: ese espacio de tensión o de disputa simbólica.

Es cierto que los actos que componen esos homenajes de 1906 son fugaces, se diluyen en el tiempo como esas muestras de arte

¹¹²⁵ *El Heraldo de Madrid*, 9-XII-1906.

efímero (guirnaldas, esculturas, carteles, ...etc.) que engalanan algunos de los espacios de la ciudad. Como señala Javier Varela, estas manifestaciones efímeras pretendían proyectar en «una escenografía de regionalismo castizo» la fama universal de estos dos creadores. No obstante, ¿qué papel cumple la prensa en relación a esos homenajes? Los describe, los detalla, los hace llegar hasta otras poblaciones. *El Pueblo*, en calidad de periódico, describe los acontecimientos que van a tener lugar, los anuncia a la masa. Más tarde, los cronifica y envuelve esos sucesos de una reflexión, una valoración, una crítica; los guarda en la memoria popular. En un sentido amplio, la prensa cumple la misión de nutrir de un discurso a la opinión pública, legitimando o criticando determinadas élites políticas y culturales, perfilando el gusto de sus lectores, e incluso remarcando el valor de determinados sucesos: «Los pueblos son más grandes cuando mejor saben honrar a sus hijos, y Valencia no es una excepción, máxime cuando como en este caso ocurre, la ciudad es condecorada, ya que la hermosura de sus playas, las bellezas de su huerta y sus típicas costumbres son conocidas en el extranjero por el pincel de Sorolla y la pluma de Blasco Ibáñez»¹¹²⁶.

No obstante, ¿hasta qué punto la prensa contribuye a crear una determinada imagen de Blasco y Sorolla de cara a la sociedad valenciana, y más ampliamente, a la sociedad española? El 17 de diciembre, *El Pueblo* respondía parcialmente a esta cuestión: «la distinción que su gobierno ha otorgado al pintor de su huerta y su mar, y al que con su pluma inmortalizó las hermosuras de nuestro suelo y nuestras costumbres: a Sorolla y Blasco Ibáñez»¹¹²⁷. Los homenajes de diciembre en Valencia favorecen la proyección de una nueva imagen de Blasco y Sorolla, como dignos representantes de la cultura española en el extranjero. No hay que olvidar que *El Pueblo* describe a sus lectores estos acontecimientos de homenaje en la forma de un continuado elogio a su fundador, presentando a las multitudes el éxito cosechado, pese a que Blasco estuviera ausente durante los banquetes, recitales o discursos que pudieron organizarse en Valencia en aquellos días.

¹¹²⁶ *El Pueblo*, 12-XII-1906.

¹¹²⁷ *El Pueblo*, 17-XII-1906.

Por otro lado, ¿qué aporta la prensa, como *mass media*, a la difusión de los homenajes de 1906? O, dicho de otra forma, ¿qué puede llegar a conocer el historiador sobre estos homenajes en base a los artículos de *El Pueblo*? ¿Se agasajaron de la misma manera las figuras de Blasco y Sorolla en estos homenajes? A continuación, recojo algunas posibilidades. En primer lugar, en tanto que narración, la prensa facilita la posibilidad de relacionar acontecimientos distantes en el tiempo en la forma de un texto, conduciéndolos a través de la narración. Es el caso de las menciones a los homenajes de Sorolla de 1900, 1901 y 1906, que se presentan revestidos de un juicio común, de un reconocimiento global, casi como semblanza del pintor con motivo de las jornadas de diciembre de 1906. En segundo lugar, podría decirse que los artículos de prensa, a modo de crónica, permiten que el lector recree mentalmente una ruta, trazando el recorrido urbano que siguió la manifestación o marcha del día 16 de diciembre de 1906. De esta forma, lector e historiador se convierten casi en *flaneurs* por las calles de la Valencia de principios del siglo XX. Por último, como apunta Mirta Kircher, podría señalarse que la lectura de la prensa -o la consulta de los historiadores- ofrece cifras numéricas respecto a la cantidad de personas que formaron esa marcha, es decir, cuantifica el número de asistentes -*El Pueblo* mencionó que fueron alrededor de 15.000 los asistentes- e indica cómo se fueron llenando u ocupando diferentes calles y plazas¹¹²⁸. Por lo que respecta a la última cuestión, ha de aclararse que no son tan numerosas las referencias al pintor Sorolla como a su paisano en la prensa de esos días dedicados al reconocimiento a los artistas. Podría resultar comprensible que esto sucediera en la redacción de *El Pueblo*, sin embargo, se trata de un fenómeno generalizado. Sirve como ejemplo *ABC*, que si bien no duda en comunicar: «al Gobierno de la República la gratitud de Valencia por haber condecorado a Blasco Ibáñez y a Sorolla», orienta descaradamente el desarrollo del texto hacia aquellas veladas que habrían tenido lugar en honor al

¹¹²⁸ Mirta Kircher, «La prensa escrita: actor social y político, espacio de producción cultural y fuente de información histórica», *Revista de Historia*, n.º 10, 2005, p. 115-122.

novelista y las reacciones que se dieron en la redacción de su periódico¹¹²⁹.

Conclusiones

Los homenajes de diciembre de 1906 sólo fueron una de las múltiples muestras de reconocimiento que los dos artistas valencianos recibieron de su ciudad natal a lo largo de sus vidas. No obstante, hemos de aproximarnos a estas fechas teniendo presente que dichos actos fueron dispares en su volumen y difusión respecto al tributo que recibieron las dos figuras agasajadas. Es decir, se aprecia cómo la figura de Sorolla es eclipsada ante el protagonismo de Blasco, tanto en las veladas que se organizaron como en lo relativo a la difusión de los hechos por la prensa coetánea. Esto se debe a que, como ya se ha referido, las menciones no sólo recaían en un novelista de creciente fama internacional, también se trataba de uno de los líderes del republicanismo federal, por lo que muchos ateneos, centros, casinos y periódicos afines contribuyeron a la divulgación de estos actos de veneración. Por ende, Blasco fue nombrado aquellos días hijo predilecto de Valencia, una distinción que Sorolla ya había obtenido en 1900 junto a Mariano Benlliure, con motivo de los galardones obtenidos en la Exposición Nacional francesa. Teniendo esto presente, el estudio de la difusión de estas muestras de reconocimiento municipal de 1906 ha identificado la preeminencia de determinados enfoques en la prensa. Pese a que la proyección de Blasco y Sorolla fue sensiblemente distinta, evidente en los artículos de *El Pueblo* y en los de otros periódicos de tirada nacional como *El Liberal*, ambos comienzan a presentarse ante los lectores no sólo como célebres artistas valencianos, sino también como embajadores de la cultura española en el contexto sociocultural del cambio de siglo.

¹¹²⁹ «Manifestación republicana», *ABC*, 17-XII-1906.